

COMEDIA NUEVA. EL AMOR CONSTANTE, Ó LA HOLANDESA.

SU AUTOR

D. GASPAR ZAVALA Y ZAMORA.

ACTORES:

Leopoldo el Grande, Emperador de *Viena.*
Alemania, con nombre de Derson, y Eleonora, *segunda muger del Conde*
uniforme de Oficial Aleman. Erbrik, *con el nombre de Adelina.*
Ulrico, *Secretario de Leopoldo, y* Vesmer, *Confidente del Baron*
amante de:-- Vincart, *Privado del Emperador, en*
Eduarda, *hija de:--* *trage de Oficial Aleman.*
El Conde Erbrik, *baxo el nombre de* Un criado *de la Quinta.*
Fabricio, y exercicio de Mayoral de:-- Soldados y *Vandidos, que no hablan.*
El Baron de Croix, *Gobernador de*

La Escena en una Quinta del Baron, cerca de Viena.

ACTO PRIMERO.

*La Escena se abre al amanecer con luz escasa, y el canto de algunos pá-
xaros. Al frente ácia la izquierda un bosque muy espeso, y ácia la derecha
la subida de un montecillo de poca altura, y en ella la boca de una gruta. Á
la embocadura de la izquierda la puerta rústica de una Quinta, con un ban-
co de piedra junto á ella. Sale Vesmer sobresaltado, recorriendo el Teatro con
los primeros versos, dichos los cuales, hará una seña, y saldrán quatro
Vandidos con mascarillas, y Vesmer se la pone tambien.*

Vesm. Oh Dios, qué amargura! Nadie
en todo el bosque se mira
como es tan temprano: pobres
jóvenes: vuestra desdicha
me llena de angustias. Ah!
mi amo es un tigre: sus iras
me hacen temblar. Cé; seguidme;
Salen.

ya en esa selva vecina
habrán entrado. Venid,

y exécutad la orden mia
sin dilacion. Ay Ulrico!
ay infeliz Adelina!

Vante.

Vanse los quatro por lo interior del bos-
que. Abren la puerta de la Quinta, y
sale por ella Fabricio de aldeano vie-
jo, con un cantarillo en la
mano.

Fab. Oh cuán amable aparece
á todos la luz del dia!

Apenas hay en la tierra
 quien no goce nueva vida,
 luego que el Alba derrama
 su rocío. Las campifias
 se reverdecen; las flores,
 del capullo en que marchitas
 estaban, salen lozanas
 á gozar sus dulces risas.
 Los corderillos celebran
 con retozos su venida;
 y hasta el pequeño insectillo
 sale entre las yerbecillas
 á buscar la luz. Apenas
 sus destellos se divisan,
 se levanta el jornalero,
 y hecha su sarten de migas,
 almuerza, y á su tarea,
 alborozado camina.
 La sencilla labandera
 con cuánto jubilo mira
 el alba hermosa! y apenas
 la puerca legaña quita
 de sus ojos, bostezando,
 saca de la cesta limpia
 el pan y la dulce fruta,
 y comiendo, se encamina
 á su trabajo. Oh buen Dios!
 la imagen mas propia y viva
 de vuestra gloria es sin duda
 la luz que nos ilumina.
 Qué fresca está la mañana!
 vóyme ácia esa fuenteçilla
 que hay en el monte, á llenar
 de sus aguas cristalinas
 este cantarillo. Al fin,
 ahorraré á mi pobre hija
 el trabajo de ir por ella,
 ya que está tan abatida
 por mi causa. Ah vil esposa!
 Ah Eleonora infiel! Qué dias
 tan amargos y funestos
 paso por tí! Tu perfidia,
 y la de Virsoli:— Memoria,
 para qué las ansias mías
 renuevas con tan atroces
 recuerdos, si ya mis iras
 castigaron su delito?
 Mas no; bien haces; fatiga

sin cesar mi corazón,
 con las imágenes vivas
 de mi afrenta, hasta que logren
 acabar mi triste vida. *Vase.*

Salen por la izquierda dos Vándidos como antes, conduciendo desmayada á Eleonora con traje holandés de luto, y el Baron de Croix con capa, reconociendo la Escena.

Bar. Nadie hay; llegad, y supuesto que á un accidente rendida está, sobre aqueste tronco la dexad. Hoy, Adelina, verás el funesto fruto de tu condicion altiva.

Sale Vesmer llorando, y los otros dos Vándidos por el centro del bosque.

Vesm. Dios en su feliz morada *Ap.* Ulrico, tu alma reciba, y me perdone el haber cometido esta perfidia. Ya quedas obedecido.

Bar. Pues tomad; de paga os sirva aqueste bolsillo, y nadie,

Da un bolsillo á los quatro que parten. si es que estimare su vida, descubra aqueste secreto.

Vesm. Qué crueldad! *Aparte.*

Bar. Así castiga mi poder, á quien le niega los gustos que solicita. Vesmer, ven, ayúdame; llevemos con toda prisa esta muger, al sepulcro que mis rigores destinan á su ingratitud. Con ella, sepultada es bien que viva mi crueldad.

Vesm. Pues, Señor, qué maquináis?

Bar. La accion misma te lo dirá; sígueme.

Cogen los dos á Eleonora, y la suben á la gruta.

Vesm. Quanto escucho me horroriza.

Bar. Déxala ya; y estas peñas de robusta puerta sirvan á su eterna carcel.

La entran en la gruta, y cubren su puerta con algunas peñas, y vuelven á baxar.

Vesm. Cielos,
no dexé vuestra justicia
tal crimen, sin pena.

Bar. Dime,
murió el infiel que origina
mis locos zelos?

Vesm. Señor,
en su postrera agonía,
por la falta de la sangre,
queda, amarrado á una encina
en ese bosque.

Bar. Logré
con sus dos infames vidas
mi venganza: ya sin sustos,
Vesmer, mi pecho respira.

Vesm. Y no sabré yo la causa
que á tal extremo os obliga?

Bar. No sabes que á esa Holandesa
fiera, quanto peregrina,
amaba?

Vesm. Sí, Señor.

Bar. Sabes
quán ingrata á mis caricias
se mostró siempre?

Vesm. Era honesta.

Bar. Sabe ahora pues, que su misma
resistencia me conduxo
á la accion mas atrevida,
y abominable. Gané
con dádivas exquisitas
á una criada, y oculto
en el quarto de Adelina
una noche, pretendí
robar su honor.

Vesm. Qué perfidia! *Aparte.*

Bar. Pero su entereza al fin,
y la gente que acudia
á sus voces, malograron
la ocasion que apetecia.
Supe despues, que esa infiel
despreciaba mis caricias
por el ilícito trato
que con Ulrico tenia;
y recelando yo que él
manifestase algun dia

al Emperador, mi culpa,
determinaron mis iras
estorbarlo con la muerte
de los dos. Tuve noticias
seguras, que esta mañana
el infame la traía
á ver los muchos primores
que se hallan en esa Quinta
del Emperador, y al fin,
impelido de mis iras,
vine á vengar sus desdenes,
quanto á asegurar mi vida.
Y pues ya el deseo, todo
lo consiguió á su medida,
salga de mi corazon
hasta la memoria misma
de ese monstruo, y solamente
reyne en él la peregrina
hermosura de Eduarda,
que aunque rústica y sencilla,
sabrà hacer mayor aprecio
de mis caricias continuas.

Vesm. Ah monstruo! Y qué, vos, Señor,
casaros con Adelina
pensabais?

Bar. No.

Vesm. Luego solo
deshonrarla pretendiais?

Bar. No mas.

Vesm. Oh buen Dios! Y acaso
rigor tal mereceria
su honestidad? Perdonadme:
yo juzgo á Adelina digna
de mejor suerte. Su noble
resistencia á las porfias
de vuestro amor, no es ofensa
que así induciros debía
á tal impiedad. Vos sois
cruel, y:-

Bar. Basta; en tu vida
me afees accion, si quieros
estar en la gracia mia.

Vesm. Oh! qué odiosa es la verdad *Ap.*
al malvado!

Bar. Qué decias?

Vesm. Piedades, disimulemos. *Ap.*
Que aunque veo que os obliga
á esta accion vuestro interes,

con todo, es tan inaudita
la crueldad: No pudierais
darla muerte mas activa
que ésta? Creedme, Señor:
me entenece, y horroriza
el considerar las penas,
las acérbas agonías,
que Adelina ha de sufrir,
si es que vuelve en sí, y registra
el seno horrible en que se halla.
Ella morirá este día
desesperada, pidiendo
la mas severa justicia
contra vos, al cielo. Acaso,
Señor, hoy admitiria
vuestro amor, pues faltó Ulrico.

Bar. Fuera tarde ya. Oiría
mi corazon con horror
sus carifios. Ya abomina
lo que amaba ayer, y en fin,
fuerza es, para que yo viva
sin sustos, que ella perezca.
Vesm. Qué impiedad! Bien es que finja,
por no hacerme sospechoso. *Ap.*
Muera, pues, con una activa
ponzoña, ó al golpe fiero
de un puñal: rinda su vida
prontamente, y no padezca
una muerte tan continua:
débaos aquesta piedad
su hermosura.

Bar. La osadía
con que despreció mis ruegos,
y ofertas, la hacen indigna
de mi compasion. Con todo,
porque veas que no dista
la humanidad de mi pecho,
á pesar de quanto miras,
yo lo concedo.

Vesm. Así pienso *Aparte.*
asegurar hoy su vida.
Ahora sí que procedisteis
humano. Mi mano misma
parará con este acero

Saca un puñal.
su pecho, veces distintas,
porque antes muera.

Quiere dirigirse á la gruta.

Bar. Detente;
que no han de sufrir mis iras
que otro sea quien las vengue;
dame ese acero, y camina.

Vesm. Ved, Señor:—

Bar. No me detengas.

Vesm. Yo apresuré de su vida *Ap.*
el término.

Bar. Sígueme;
pero tente, que en la Quinta
se oye gente, y no conviene
que nos vean.

Vesm. Harta dicha *Aparte.*
fué, que este acaso viniera
á diferir su ruina.

Bar. Ven, porque ver á Eduarda
mi corazon determina
mas tarde: ella ocupe el sitio
que aquesta Holandesa esquivaba
perdió; pero tiemble Eduarda
el mismo fin, si no cuida
de rendirse á mi deseo,
á mi amor, y á mis caricias.

Vesm. Ah monstruo! Quán ciegamente
á tu perdicion caminas!

Bar. Qué esperas? *Vase.*

Vesm. Ya voy: buen Dios,
tú un medio cierto me inspira,
para sacar del peligro
á la infeliz Adelina,
y hacer que hallen el castigo,
de este monstruo las perfidias. *Var.*

*Abren segunda vez la puerta de la
Quinta, y sale Eduarda en traje
humilde de Aldeana.*

Eduard. Tampoco esta aquí. Sin duda
se fué á esa fuente vecina
por agua. Sí: oh qué buen padre
me dió el Cielo! Quál se mira
en los ojos de Eduarda!
Qué voluntad tan sencilla,
y tierna me muestra! Ah!
si me amáran con la misma
los hombres, ¡quán sin peligro
mi corazon amaria
tambien! Todas quantas veces
aquí empleada me mira
en servir á los criados

de labor, que en esta Quinta
tiene el Barón, hilo á hilo
cae el llanto á sus mejillas:
ayer, no pudiendo ya
encubrir su mal, decía:
Ay, Eduarda, que poco
esperaban mis desdichas
verte en tan triste y humilde
situación! Estas fatigas
no son á tu nacimiento,
conformes. Por causa mía
padecestú. Y con el llanto
mas amargo, de mi vista
se apartó, dexándome
confusa y sobrecogida.
Desde mi mas tierna edad,
me veo en aquesta Quinta
sirviendo al Barón de Croix
su dueño; siempre unas mismas
conveniencias he tenido;
Con que no sé, por qué diga
mi Padre, que no es conforme
la ocupación de su hija
á su nacimiento. Pero
él viene aquí, Voy aprisa

*Corre precipitadamente á encontrar á
Fabricio que sale por
la derecha.*

á quitarle el cantarillo.

Padre mío. *toma el cantarillo.*

Fab. Hija querida,
por qué tan temprano dexas
el lecho?

Eduard. Porque me insta
mi obligación, y es la hora
en que menos las fatigas
se sienten; luego el calor
Padre mío, me atosiga
tanto, que:-

Fab. Amada Eduarda
lo creo; todo es desidia
y floxedad, en las horas
del calor. Vaya, hija mía,
ahí te traigo el cantarillo
lleno de agua. A la cocina
le lleva tu, que á mí ya
me pesan los años, hija.

Eduard. Si, Señor. Harto lo lloro.

sentaos aquí por mi vida,
*le ayuda á sentar en el banco, y le
limpia el sudor.*

y con este suave lienzo
os limpiarán mis caricias
el sudor del rostro.

Vase, llevando el Cantarillo.

Fab. Oh, Dios
quánto mis penas alivia
el ver su virtud! Apenas
hallo en mi Eduarda querida
cosa reprehensible. Siempre
obediente á la voz mía
la veo, siempre gustosa
con su suerte, se lastima
solo de la de su padre;
Me ama tierna, y sus sencillas
caricias, llenan mi alma
de la mayor alegría;
en fin, es de mi primera
esposa, una copia viva.

*Vuelve á salir Eduarda, conduciendo
en un canastillo un plato con alguna
vianda, una servilleta, pan, una
botella y vaso.*

Eduard. Padre mío, en esa peña
podreis gozar las delicias
del campo, y desayunaros.
Aquí os traigo de la misma
perdiz que anoche cenasteis,
un trozo.

Fab. Eduarda mía,
te lo estimo, porque estaba
bien sazónada, y muy rica.

Eduard. Pan, y vino; y si quereis,
alguna fruta:- *come Fabricio.*

Fab. No hija;
para que mi edad cansada
algun trabajo resista,
esto basta.

Dent. Utr. Favor, Cielos!

Fab. Quién en estas cercanías
se lamenta así? *sobresaliado.*

Eduard. Yo creo,
que el bosque la voz envía.

Dent. Utr. No hay quien me socorra?

Fab. Espera,
que en el bosque es por mi vida,

Hi-

Hija, á socorrerle vamos.
la da el plato, y la servilleta, y se levanta.

Eduar. Padre, ved que en él habitan
 algunos facinerosos,
 y vuestras vidas peligran,
 si nos hallan.

Fab. Cómo puedo
 negar lo que solicita
 ese infeliz? No, yo voy;
 Mas por si se necesita,
 me llevaré la escopeta.

*Entra por la puerta sala una escopeta,
 y la registra.*

tú quédate aquí, hija mia,
 mientras yo recorro el bosque,
 y veo quien origina
 nuestra confusion. *Vase.*

*Se entra por lo interior del bosque, y
 Eduarda dice agitada.*

Eduard. Ay triste!

Quien será el que se lastima
 de ese modo? Yo no puedo
 aplacarme un punto, á vista
 de este acaso! Si mi padre
 peligrará? Si serian
 aquellas voces, cautela
 con que algun traidor maquina
 atraer los pasajeros
 para robarles? Me agitan
 estos discursos. Mi Padre
 ya se ha perdido de vista
 en el bosque. Qué será?
 Yo voy tras él; si peligrá,
 gritaré, ya que no pueda
 darle favor.

Fab. Hija, aprisa
 ven, no tardes.

Eduard. Oh, Dios! Padre!
*Con este medio verso que dice sobresal-
 tada, corre precipitadamente ácia el
 bosque, á tiempo que de sus entrañas va
 saliendo Fabricio, que conducirá á Ul-
 rico entre sus brazos como muerto, sin
 sombrero, ni espada, el rostro, y el ves-
 tido ensangrentado, Eduarda le ayuda,
 y entre los dos le conducen
 á la Scena.*

Fab. Qué Scena tan compasiva!

Hija, ayudame; llevemos
 entre los dos á la Quinta
 este bello joven.

Eduard. Padre,
 su aspecto me atemoriza.
 Qué crueldad! Todo el rostro
 trae ensangrentado.

Fab. Hija,
 sin duda algunos traidores,
 con crueldad nunca vista,
 le asesinaron.

Eduar. Y qué,
 el Cielo no los castiga?

Fab. Si lo hará, que no hay un crimen
 exento de su justicia.

Eduar. Sentémosle aquí, y veamos
 si ha muerto ya.

Fab. Qué desdicha!
 sentémosle. Mas qué noto?

le sientan y Fabricio le pulsa
 Pulsos tiene: Oh qué alegría!
 tenle tú, Eduarda, y yo
 traeré en una basija
 un poco de agua. De gozo
 no estoy en mí. *Se entra.*

Eduard. Enternecida
 me tiene su suerte. Un Joven
 tan gallardo merecia
 esta impiedad? Den los Cielos
 la pena mas grave, y digna
 á esta culpa atroz.

*Eduarda le quita la sangre del rostro
 con un lienzo, y sale Fabricio obser-
 vándola, trayendo un vaso con agua
 y unos paños.*

Fab. Aquí
 hay agua. Me regocija
 el ver, Eduarda, cómo
 la humanidad exercitas.
 Vaya, rocíale el rostro
 con ella; mientras yo aprisa,
 con estos paños, atajo
 la sangre de sus heridas.
hacen lo que han dicho los versos.

Ulr. Ay de mí!

Fab. Buen Dios! en sí
 va volviendo. Ya suspira:

Ya abre los ojos; Eduarda, qué júbilo!

Ulrico va volviendo en sí, y después de hacer lo que han dicho los versos mira con suspensión á Fabricio y Eduarda: registra con admiración toda la Scena, y al reconocer su vestido ensangrentado, da otro suspiro, clavando los ojos en el Cielo, y dice con voz desmayada y moribunda.

Ulr. Sea bendita la piedad del Cielo. Amigo, sois vos, quien en la agonía de mi muerte, aquí me traxo?

Fab. Sí, Señor: entre mi hija y yo os sacamos del bosque, donde amarrado á una encina estabais, y en nuestros brazos os tragimos á esta Quinta sin sentido, y temerosos de que estuvierais sin vida. Hicimos quanto en los casos como éste, á qualquiera, dicta la humanidad, y ya os vemos respirar.

Ulr. Sí; y la infinita bondad de Dios, por mí os pague una accion tan compasiva.

Eduard. Si hará; cuidad vos ahora de aliviar vuestras fatigas solamente. En esta casa hallareis una sencilla voluntad, todo aquel tiempo que de nuestra compañía goceis: Mi buen padre y yo os cuidaremos.

Fab. Sí, hija, y hallará en su obsequio, quanto nuestra pobreza permita.

Ulr. Lo creo, sí. Qué virtud tan amable! Estas virtudes penetrantes me conducen al Sepulcro.

Fab. No os aflija esta idea, que aunque no hay en aquestas cercanías Médico, ni Cirujano, un pasagero, hace dias

que se hospedó aquí una noche, y en recompensa debida á mi agasajo, me dió un bálsamo de exquisita virtud, para heridas frescas; y así apliquemosle aprisa á las vuestras, y esperemos su efecto con alegría.

Ulr. O qué piedad! Por qué Cielos *Ap.* si son de una fuente misma las almas, han de tener propensiones tan distintas unas de otras? No tuvieron un Autor, si bien se mira estas, y la del Varon? Pues en qué, dudas, estriva, que sean estas piadosas, y la suya tan iniqua?

Fab. Qué pensais?

Ulr. Nada, Señor; Ah traidor! Ay, Adelina *Ap.* infeliz! víctima fuiste del poder, y la perfidia.

Fab. Hija, ayúdame á llevarle, le pues tanto lo necesita (*levantan su flaqueza; y entretanto que vuestra salud perdida cobrais, pidamos al Cielo.*)

Los 2. Que alivie vuestras desdichas. Parten, llevando entre los dos á Ulrico: cierran la puerta de la Quinta. Salen por la izquierda Leopoldo con uniforme de Coronel Aleman, y Vincart con el de Subalterno, con escopetas.

Leop. Vincart, soy de este dictamen; el Rey, quando no exâmina por sí, estas cosas, se expone á errarlas todas. Ya miras quan basto es mi Reyno, y cuántos se encuentran por orden mia gobernándole; entre todos no habrá alguno, que por miras particulares olvide su obligacion? Fuera dicha que uno hubiera solamente, Vincart. Pues dí, qué afligidas no estarán aquellas gentes que baxo las leyes vivan

de

de este Juez perverso? Quántas extorsiones, su desidia, ó impiedad les causará!

Ah, qué dolor! Infinitas.

Y quién, si el Rey no las oye, hará á sus quejas justicia?

ninguno, porque es muy rara la queja, que en la excesiva distancia de su pobreza,

á la Magestad invicta, no se extravía, ó se pierde;

y aunque sea muy benigna la idea del Rey, dirán

que es sola su tiranía, causa de aquellos absurdos.

Pues con qué amor y caricia le han de mirar sus vasallos?

Ah! No Vincart; no permita el Cielo, que mis queridos

Imperiales, miéntras viva, aborrezcan á Leopoldo.

El premio de las fatigas que paso por remediar

sus trabajos y desdichas, es el mayor. Quántas veces

en la cabaña sencilla entré como pasajero,

y á mis ojos bendecían mi piedad? Con qué ternura

les oía yo! No estima mi corazon el Imperio

tanto, como estas sencillas alabanzas. Mis vasallos

me quieren bien, y me obligan á procurar mas, y mas

su paz y alivio.

Vinc. Me admira

tanta virtud, en edad tan temprana.

Leop. Esta es la Quinta del Baron de Croix; en ella:

pero no; mejor te digan estas cartas mis intentos.

Saca unas cartas.

Lee. Espero que acredite V. M. la amistad que me profesa, haciendo buscar en sus Reynos al Conde de Erbrik mi vasallo, pues se sabe que

vive en ellos oculto, desde que falta de mi servicio. Es mi intento reconciliarle con su Esposa, á quien sin culpa ha abandonado, y evitar así, que viva la opinion de entrambos marchita, por una fuga tan inesperada.

Jacobo segundo firma, como Rey de Inglaterra, desde Holanda.

Lee otro pliego. Eleonora, Duquesa de Toninga, Condesa de Ebrik, suplica á V. M. se digne proteger con su autoridad esta causa.

Aquí ella misma

refiere la injusta causa,

con que quiso el Conde, un día darla muerte; que de Holanda

huyó, y que tiene noticias seguras, que en Alemania

vive oculto. Me suplica

lo que Jacobo, y es justo

que en quanto pueda, la sirva.

Los efectos que hasta ahora

han surtido de mis vivas

diligencias, son aquestos.

Lee otro pliego. En consecuencia de la comision secreta que V. M. se ha dignado poner á mi cargo, he practicado las mas eficaces y prontas diligencias, ofreciendo premios á los Jueces Ordinarios de los Estados Imperiales, si su zelo descubria el paradero del Conde Erbrik. Hasta ahora la noticia que tengo mas favorable á los piadosos deseos de V. M. es, que en la Quinta que tiene el Baron de Croix, á seis millas de Viena, en el bosque de su nombre, se halla mayoral de sus ganados, un anciano de setenta, á setenta y quatro años de edad, con todas las señas que V. M. me inserta en su última Orden. Hay quien dice que es Holandés, y que hace diez y nueve años que falta de su Corte. Lo comunico, &c.

Ya al menos esta noticia, me da algun indicio, y puedo entrando luego en la Quinta

con

con este disfraz y el solo pretexto de la fatiga de la caza, examinar, con una traza exquisita al Mayoral.

Vinc. Y si acaso es en ella conocida, vuestra persona?

Leop. No importa: con este disfraz que miras, será facil que presuman que soy (como cada día sucede) muy parecido al Emperador. No fia mi zelo, de otro, una empresa de tanto interes. Estriba en su acierto, la union justa de dos almas sumergidas tantos años, en un mar de amarguras y desdichas.

Vinc. Teneis razon. Yo me acuerdo de haber oido infinitas veces, la temeridad del Conde Erbrik. Sus mentidas sospechas injustamente causaron tanta ruina á su fiel esposa. He oido que su virtud la hizo digna de la compasion de todos, y que corrió peregrina, la Europa en su busca.

Leop. Ah, qué accion tan noble! Ella misma publica bien su inocencia; pues si viéndose ofendida del Conde, le ama, y le busca, ¿quién duda que le amaria mas, antes que le ofendiera? Ya con mas fuerza me insta mi piedad á procurar todo su bien. Ve, y avisa á mi gente que se vuelva; pues ya que tan poco dista de aquí Viena, podemos tomar postas.

Vinc. No replica mi humildad.

Leop. En este monte

me hallarás; que pues me brinda el fresco de la mañana, por aliviar las fatigas del gobierno, quiero un rato pasar cazando.

Vinc. Tu vida guarde el Cielo. Admire el mundo juventud tan peregrina. *Vase.*

Vincant parte por la derecha, y el Emperador por el centro del bosque. Cae un telon que represente un zaguan de casa de campo, con algunos lances de leña e instrumentos de labranza figurados. Á la punta del tablado ácia la izquierda habrá una trampa de un sótano, que se abrirá á su tiempo. Eduarda sacará una silla, y Ulrico saldrá apoyado en Fabricio, que le sentará en ella.

Fab. Qué en fin vos sentis mejor con la simple medicina del bálsamo, que os he puesto?

Ulr. Si, Señor: se me mitigan por instantes los dolores vehementes que padecia, pero me siento muy debil.

Fab. Descansad: en esta Quinta recuperareis en breve todas las fuerzas perdidas, si haceis quanto yo os dixere.

Ulr. Y es?

Fab. Olvidar unos días vuestras penas, y entregaros al júbilo que aquí habita.

Ulr. Ah! que son para olvidadas, Señor, muchas mis desdichas.

Fab. No lo creais; todas ellas son unas bastardas hijas de nuestra aprension, de modo que solo, si bien se mira, por desdicha reputamos todo aquello que origina al alma algun sentimiento; luego vendria á ser dicha la desdicha, si supiéramos sacar de ella la alegría, y no el pesar. Vedlo claro: de todas las yerbecillas

amargas no hace la abeja
el mas delicado almibar?
Del cáustico mas atroz
no saca la Cirugía
el lenitivo; y en fin,
la admirable medicina,
de los venenos activos
no compone la mas fina
triaca? Pues por qué el hombre
no podrá, si bien se mira,
con mayor razon, sacar
las dichas, de las desdichas?

Ulr. Porque aunque la razon sabe
la senda mas recta y fixa,
para llegar de una á otra,
el corazon la extravía
muchas veces, mas contento
con el mal, que con la dicha;
y en fin, honrado Fabricio,
siento que vuestras sencillas
ofertas se empleen hoy
en quien no puede admitirlas.
Yo he de partir á la Corte
hoy mismo.

Eduard. Qué oigo, ansias mías! *Ap.*
si se va, se acaba en mí
el placer, con que le miran
mis ojos.

Fal. Hoy á la Corte,
quando apenas en la silla
os podéis tener sentado?

Eduard. No, Señor; muy mal haria
mi buen padre en permitir
tal arrojó. Las heridas
son penetrantes, y estais
muy debil aún.

Ulr. Si; pero
mi honor y mi riesgo me instan
á partir. Sinceramente
confieso, que en compañía
de los dos, sería Ulrico
muy feliz; pero las dichas
van huyendo comunmente
del que estimarlas sabria,
y buscan á quien apenas
sabe lo que goza. Admita
*Ahora saldrá un criado de la Quinta
con una talega de trigo acuestas, y*

*Fabricio le ayuda á bajarla por la bo-
ca del sótano, cuya puerta abre.*
vuestra bondad:— (qué hermosa es!)

Eduarda, mi sencilla
voluntad, y una palabra.

Eduard. Qué?

Ulr. Que volveré á esta Quinta
muy presto.

Eduard. Ah Señor! si os vais
no volvereis en la vida
á acordaros de nosotros.

Ulr. Por qué?

Eduard. Porque las heridas
se os curarán, y curadas,
olvidareis con mas prisa
á quien debisteis la cura,
que á quien causó vuestra ruina.

Ulr. Y lo sentiriais?

Eduard. Ah

Señor! Si lo sentiria?

Ulr. Pues qué me amais?

Eduard. Si, sí, os amo:—

Qué es lo que digo, desdichas? *Ap.*
Yo estoy loca.

Ulr. Oh qué ventura!

Y me amais mucho?

Eduard. Reprima

Ap.

mi amor lo que siente, puesto
que en los principios se mira.

Os amo, con el extremo
que las almas compasivas
aman á los desgraciados.

Ulr. Se engañó mi fantasía.

Ap.

No mas, Eduarda?

Eduard. Qué, es poco?

Ulr. Si, porque si bien se mira,
dexareis de amarme, luego
que se acaben las desdichas.

Eduard. Claro está

Ulr. Pues quiera el Cielo
que no tengan fin las mías.

Eduard. Por qué?

Ulr. Porque no le tenga
vuestro amor.

Eduard. No; las heridas,
que son las que aquí me hicieron
hoy con vos tan compasiva,
se os curarán presto.

Ulr.

Ulr. Y qué curadas, me olvidariais?
 Eduard. Como que cesó la causa, los efectos cesarian.
 Ulr. Eso no es amarme á mí.
 Eduard. Quién acaso lo decia?
 Ulr. Mi deseo.
 Eduard. Ah! pues él solo os ha engañado este día.
 Ulr. Pues si no me amais, por qué no quereis que de la Quinta me ausente?
 Eduard. Porque no estan bien curadas las heridas, y me compadeceis mucho.
 Ulr. Ah, sois vos muy compasiva:-
 Eduard. Claro está.
 Ulr. Pero muy ingrata.
 Eduard. A quién?
 Ulr. A mí.
 Eduard. Pues por dicha qué os debo yo?
 Ulr. Qué? una fe:-
 Eduard. Cómo:- Permitid que os diga que estais engañado, Ulrico, pues ni he visto por mi vida, ni recibido tal fe.
 Ulr. En aqueso mismo estriba la ingratitud.
 Eduard. Y si acaso la admitiera, lo sería?
 Ulr. No.
 Eduard. Pues digo que:-
 Ulr. Decid.
 Eduard. Qué:- que no puedo admitirla: corazon mucho resistes. *Ap.*
 Pues claro está que querriaís tambien vos, que os la pagara, despues de verla admitida.
 Ulr. No, bella Eduarda; os amo sin esperanza.
 Eduard. Sería muy necia yo en créerlo así.
 Ulr. Pues en vuestra mano misma:-
 Va á cogerla la mano, y ella la retira.
 Eduard. Qué vais á hacer?
 Ulr. Juramento de amaros toda mi vida,

sin pretender mas favor, que el que me diereis vos misma.
 Eduard. Y á qué es cogerme la mano?
 Ulr. Es circunstancia precisa del juramento.
 Eduard. Ah, pues no, no jureis por vida mia; lo creo, y :-
 Ulr. Qué?
 Vuelve á salir Fabricio, y el Criado que parte.
 Fab. Perdonad si os dexé; que el que se mira con la obligacion que yo, debe atender á cumplirla.
 Ulr. Hicisteis bien; pues yo siento *Ap.* que volviesséis tan aprisa.
 Eduard. Corazon, qué galan es! *Mirando á Ulrico.*
 Ulr. Oh, con que rubor me miras!
 Fab. Y pues ya, gracias al Cielo, se ve tan restablecida vuestra salud, referidnos la causa de las desdichas que en vos vimos, satisfecho, de que si importa encubrir las, eternamente sabrán Fabricio y su tierna hija reservarlas en su pecho.
 Ulr. Sí haré; que si bien se mira, justo es que llegue á saberlas, quien tambien supo sentir las. Sabreis qué:-
 Sale el Criado. El Baron de Croix nuestro amo, viene.
 Ulr. Desdichas, el Baron de Croix?
Sobresaltado.
 Fab. El mismo.
 Ulr. Oh Dios! *Temblando.*
 Fab. Qué causa os obliga á temblar así?
 Ulr. Fabricio, ya lo sabreis. Ved aprisa donde he de ocultarme. El Cielo:- mi horror:- su fiera misma:-
 Fab. Me habeis sorprendido.
 Ulr. Vaya,

Fabricio, Eduarda, áprisa:-

Con impaciencia.

Eduard. Padre.

Fab. No sé dónde pueda:-

allí:- pero lo registra
todo el Baron quando viene,
y no discorro:- á fe mia,
que estoy confuso.

Eduard. En la cueba,
por su obscuridad:-

Fab. Sí, hija:

tienes razon. Presto, Ulrico:
aquí el Baron en su vida
baxó, ni aun nosotros mismos
registramos su infinita
concavidad; una estancia
tan sola hacemos que sirva
para almacenar los granos;
en ella:-

Ulric. Si, nada diga
vuestra voz; ya voy: oh Dios!
me estremezco.

Baxa, ayudado de Fabricio y Eduarda.

Fab. Eduarda mia,
qué tendrá con el Baron,
Ulrico?

Eduard. Yo sorprendida
he quedado. Apenas
le oyó nombrar, de la silla
se levantó; se estremece,
se sobresalta, suspira,
y pierde el color. No visteis
qué temblor le dió?

Fab. Sí, hija;
y todo quanto estoy viendo,
me confunde, y horroriza.
Si acaso:-

Salen el Baron y Vesmer.

Bar. Qué hay, buen Fabricio?

Fab. Que tengais muy buenos dias.

Bar. Qué hermosa estás, Eduarda.

Eduard. Criada vuestra.

Sale el Criado. A la Quinta
Negaron dos Oficiales,
y por vos con mucha prisa

A Fabricio.

preguntan.

Fab. Por mí? Pesares,

qué querrán?

Bar. Parte ya, y mira
qué quieren, mientras que yo
(por si me son conocidas
sus personas) me retiro.

Vase Fabricio.

Ven, y me harás compañía,

Eduarda. *Habla con Vesmer.*

Eduard. Ya obedezco.

Ay Ulrico, tus desdichas
vinieron hoy á quitar
el sosiego al alma mia.

Bar. Hazlo así.

Ves n. Está bien. Oh monstruo,
qué odiosa me es tu perfidia!

Vase por la derecha.

Bar. Amor, no es mala ocasion
para conseguir mis dichas.

Vanse por la izquierda los dos.

*Salen por la derecha Leopoldo, Vin-
cárt, y Fabricio.*

Fab. Sí, Señor; el dueño es,
como os dixe, de esta Quinta;
pero no obstante, á qualquiera
que aquí llega con la misma
atencion que vos, la ofrezco
yo, como si fuera mia;
y así podeis libremente
pasar aquí las fatigas
del calor, que aunque no halleis
las viandas exquisitas
que en la Corte, por lo menos
se os servirá una comida
curiosa, y bien sazónada.

Leop. Oh! bravo, bravo. Se estima,
buen viejo. Y decidme, aquí
teneis alguna familia?

Fab. Una hija solamente.

Leop. Ah, qué bueno! Y es bonita?

Fab. Quando muy bella no sea,
es virtuosa, y sencilla.

Leop. Vámosla á ver al instante;
que esto de Aldeana, y niña,
son siempre para un Soldado
famosas prerrogativas.

Fab. Esperad, no os molesteis,
que ella saldrá á la voz mia.

Leop. Presto, presto, que ya estoy
im-

impaciente yo.

Vinc. Que finja
tan bien el Emperador.

Fab. Al punto. Eduarda. Niña.

Leop. Ola : Eduarda se llama?

Fab. Si , Señor.

Leop. Qué peregrina

Holandesa de su nombre
amé yo! Qué alegres dias
dió su padre al Regimiento!
Qué banquetes! Qué comidas!
Qué bailes! Toda la Corte
alborotada tenia
el viejo ; pero Eduarda:--
vaya , era la mas divina
muger del mundo. Qué ojos!
qué nariz! y qué boquita
tan delicada! Pues digo,
el talle , el talle ; podia
caber en un puño.

Fab. Cielos,
es hombre , ó es taravilla?

Leop. Viene la niña , ó no viene?

Enseñadme la cocina
que yo iré á verla : mas tate,

Dentro un tiro , y se suspenden todos.

que aqueso tiro publica
que hay alguna caza dentro,
y quien la caza persiga.

Dentro Eduard. Padre mio?

Fab. Oh Dios! Señores,
seguídme : alguna desdicha
la sucede á mi Eduarda.

Dentro Eduard. Padre ?

Fab. Hija. Vamos aprisa.

Vanse , y Vincart.

Leop. Vamos , y hasta conseguir
las ideas que medita
mi corazon , deme el Cielo
constancia , ardides , y dicha.

Ap.

ACTO SEGUNDO.

El Teatro representará el interior de una gruta , llena de peñascos sin orden , y figuradas en varios parages de ella , algunas fieras dormidas , que hagan mas espantosa la Escena. En lo interior de la izquierda , habrá algunos peñascos formando una pequeña elevacion , en la que se descubre una grieta , que es tránsito para la otra parte de la gruta. La Escena será enteramente á oscuras , y se dexará ver á Eleonora tendida en el suelo , el cabello sin compostura , el rostro ensangrentado , y el vestido despedazado , como trastornada de dolor. Sale por la grieta Ulrico , y descenderá con estos versos al Teatro poco á poco.

Ap.

Ulr. Apenas en parte alguna
me parece que me miro
seguro , de los rigores
del cruel Baron. Qué sitio
tan lóbrego y espantoso!
Peñas escarpadas piso
solamente ; en cada paso ,
pienso hallar un precipicio.
Ni aun un destello de luz
por parte alguna percibo,
que guie la planta. Ah monstruo,
quénta clase de martirios
me hace pasar la memoria
de tu impiedad!

Eleonora vuelve en sí ; registra con espanto el Teatro , da un profundo suspiro , y dice llena de dolor.

Eleon. Bendito

sea el Señor , que probar
así mi constancia quiso.

Qué estancia tan pavorosa
es esta , en que de continuo
vive la noche ? Sin duda
el sepulcro es , que previno
la maldad á mi constancia :
pues séalo. Mi afligido
corazon cansado está
de amarguras y conflictos:

años

años há que no vió el rostro
á la paz , ni el regocijo
un instante , y le será
dulce la muerte; ella miro
que es el fin de nuestros males;
pues llegue , llegue , Dios mio,
la mia , y con ella acabe
el tropel de mis martirios.

Ulr. Cielos , qué funestas voces
llegaron á mis oídos?
todo me asombra.

Eleon. Qué en vano
pienso buscar el camino,
de salir de esta horrorosa
mansion! Aquí mi destino
me conduxo , para ser
lastimoso sacrificio
de mi desesperacion.
Para mi sepulcro se hizo
esta triste estancia ; solo
me parece que diviso
fieras hambrientas , que llegan
á devorarme. No miro,
por qualquier parte que vuelvo
los ojos , sino conflictos,
y angustias. Mi dulce esposo
no tendrá mas el martirio
de verme , ni yo el consuelo
de dar el aliento mio
en sus brazos.

Ulr. Toda el alma
su llanto me ha conmovido.
Válgame Dios! Quién será,
ó por dónde habrá venido
á esta estancia? Con qué causa
estará en tan triste sitio
padeciendo? No , yo llego,
por si es que puedo inquirirlo,
y consolarla. Muger,
cuyo llanto ha enternecido
mi corazon:-

Eleon. Ay de mí!

Ulr. Quién eres? Cómo has venido
hasta aquí? y por qué te quejas
ahora de tu destino?

Eleon. Para qué , monstruo inhumano,
lo preguntas , si tú mismo
me has sepultado aquí viva?

Ulr. Yo? me estremezco de oirlo
solamente. Haber puede
un corazon tan iniquo,
y cruel?

Eleon. Luego no eres
cómplice en este delito?

Ulr. No.

Eleon. Luego no me conoces?

Ulr. No.

Eleon. Qué he escuchado, Dios mio!
Luego podré confiarte
mis males , y aun el alivio
esperar de tu nobleza?

Ulr. Sí.

Eleon. Pues dime ya , qué sitio
es este , donde la noche
viviendo está de continuo?

Ulr. Solo sé , que es una cueba,
donde guarda sus ópimos
frutos un buen Mayoral
del Baron de Croix.

Eleon. Qué he oído?
Y sois del Baron, criado?

Ulr. No ; pero de huesped vivo
en la Quinta , adonde da
la entrada de aqueste abismo.

Eleon. Bien es que yo le disface *Ap.*
este suceso. Pues miro
en vuestras palabras , hombre,
(seais quien fuereis) indicios
de vuestra piedad , sabed,
que un poderoso atrevido
me conduxo aquí , rendida
á un amargo parasismo,
para triunfar de mi honor
sin duda , y dar al delito
de su infamia , en esta gruta
sepulcro eterno, conmigo:
presto volverá sin duda
á efectuar sus designios
detestables ; y pues vos
podeis ahora impedirlos,
sacándome de esta estancia,
hacedlo , yo os lo suplico,
como muger la mas triste,
y desgraciada.

Ulr. Buen Dios,
qué exécrable accion! corrido

estoy , de que un racional
proceda así : me horrorizo
de escucharlo. Si el Baron:-
no lo dudaré , es iníquo;
es suya esta Quinta , y nadie
pudiera haberla traído
hasta aquí , sin orden suya. (tra

Eleon. Qué os suspendeis? La alma vues-
podrá hacerse á mis martirios
insensible?

Ulr. No , Señora.

Válgame Dios , si Fabricio *Ap.* será cómplice en un hecho
tan exécrable? Su digno
corazon:- No , no es creible.

Eleon. Qué deliberáis?

Ulr. Conmigo

venid , Señora : este seno
pavoroso de improviso
dexemos. Vuestras desdichas
hallarán seguro asilo
en la virtud de un anciano,
que habita esta Quinta. El mismo,
y su hija (que es hermosa,
como sencilla) confio
que disiparán en breve
vuestros males.

Eleon. Oh ! propicio
se muestre el Cielo esta vez,
á mis infortunios.

Ulr. Digo

que si: no desconfieis:
ojalá lo hubiera sido *Ap.*
tanto para la virtud
de Adelina. Su destino
se ignorará para siempre.

Eleon. Qué igual es á la de Ulrico
su virtud! Ay triste joven! *Ap.*
tu memoria de continuo
cubrirá mi corazon
de amargura,

Ulr. Qué afligido
está vuestro corazon!

Eleon. Soy desdichada.

Ulr. Ah! no vino
á hallaros aquí un dichoso,
Señora , que á fe de Ulrico:-

Eleon. Sto. Dios, qué es lo que escucho!

Cómo os llamáis?

Ulr. No os lo ha dicho
ya mi voz?

Eleon. Qué , por ventura
sereis vos , quien tanto alivio
dió á la infeliz Adelina
en sus trabajos?

Ulr. El mismo :

y quién hoy sus desventuras
siente , con el mas activo
dolor. Vos la conociais?

Eleon. Pues él no me ha conocido, *Ap.*
quiero fingir. Profesé
con ella el mas dulce y fino
lazo de amistad. Me consta
quánto á vos os ha debido,
y quánto en su corazon
os lo agradece.

Ulr. Ah , qué juicio!
qué honestidad ! qué virtud
la de Adelina! El destino
la persigue injustamente,
Señora. No ha merecido
su corazon , la amargura
con que ha vivido. Impropicios,
ó incomprendibles los Cielos,
conceden á los impíos
el placer , y dan al justo
el pesar de que no es digno.
Vos , que á fondo la tratasteis,
sin duda habreis conocido
las preciosas qualidades
de aquella alma. Yo he perdido
en Adelina la gloria
mayor del mundo. Si vivo
muchos años , no habrá instante
en que mi honesto cariño
no renueve su memoria
con triste llanto.

Eleon. Qué oído?

Pues qué , donde está Adelina?

Ulr. Ah Señora! Ya habrá sido
víctima de otros furoros
á estas horas.

Eleon. Cómo , Ulrico,
si yo la ví , y hablé anoche?

Ulr. No sé ; solo sé deciros,
que hoy fué el dia mas infausto

para Adelina. La he visto entre las garras de un tigre, sin poderla dar alivio de modo alguno. A mis ojos la hurtó fiero, y ya imagino que la habrá despedazado.

Eleon. Tal vez no: los Cielos mismos, que al parecer, inhumanos, nos presentan los conflictos, para que reconozcamos nuestra flaqueza, benignos despues, nos suelen sacar de los mayores peligros. Adelina estará viva y aun tal vez, adonde Ulrico no creyera.

Ulr. Ah! no lo espero.

Eleon. Lo esperareis, si yo os digo, que la he visto libre?

Ulr. Quando?

Eleon. Despues que la habeis perdido.

Ulr. Qué decís? adónde está? vamos á buscarla. El juicio perderé, si vuelvo á verla, de alegría.

Eleon. Ah honesto Ulrico! *Ap.* con la amistad mas sincera premiaré yo tu carifio. No me atrevo á declararme, porque el placer improviso no le mate. Vamos pues, que brevemente confio veais á Adelina.

Ulr. Ah!

ella, y el amable hechizo de Eduarda, serán hoy mi bien, y el único alivio de mis desgracias. Venid, venid, Señora, y rendidos, humildes y alborozados, pues tal piedad le debimos, digamos llenos de fe, de amor y de regocijo: Buen Dios:--

Eleon. Centro de piedades:--

Ulr. Pues teneis para el impío castigos:--

Eleon. Y para el justo

premio equivalente y digno:--

Los dos. Distribuya vuestra mano, Señor, premios y castigos.

Lleva de la mano Ulrico á Eleonora por la grieta, y se descubre el zaguán con la boca de la cueva, y salen Fabricio y Leopoldo.

Leop. Con que, Fabricio, decidme, cuál fué la ocasion del tiro que escuchamos?

Fab. Señor, solo (segun Eduarda dixo) haberla instado el Baron que con el fiero estallido de una pistola, acabase de matar un corzo herido, que desde un balcon, miraban baxar de ese montecillo. Bien que yo en su sobresalto *Ap.* otra causa he discurrido mayor, que espero sacar de su corazon sencillo.

Leop. Pues yo, luego que dixisteis, que se hallaba en aquel sitio el Baron de Croix, no quise que me viera. Y pues salimos del susto, y él de la Quinta, segun decís, ha partido, sentémonos, y aquí un rato pasaremos divertidos en buena conversacion.

Fab. Como gustéis: no replico.

Se sientan.

Ay honor, qué delicado *Ap.* nuestra ceguedad te hizo!

Leop. Sobre qué la emprendemos? Sobre el amor? desatino: sois viejo ya, y no es materia para viejos carcomidos.

De guerras? menos: pues vos en este humilde exercicio, no sabreis mas que cabar, segar y trillar. Mas chito, ya me ocurrió: habeis viajado?

Fab. Si es que la verdad os digo, de Holanda aquí solamente.

Leop. Te pesará haberlo dicho. *Ap.* Oh, bravo! Ya para rato

te-

tenemos aquí, Fabricio, porque yo también la Holanda de cruz á fecha he corrido. Gran clima! Y qué buen gobierno el de aquel Reyno! Le envidio ciertamente; porque aquí nuestro Emperador, es niño, poco zeloso, y:-

Fab. Despacio

Señor Coronel. Yo he oído hablar muy distintamente del Emperador. Le admiro, y quiero como vasallo; y rífera, vive Christo, con mi padre, si á ultrajarle llegára. No; yo os suplico que hablemos de otra materia, ó no hablemos:

Leop. Ah! ah! lindo!

Me gusta ver al buen viejo de valiente revestido.

Fab. De valiente no; de amante, y fiel al Rey, me revisto. Ni honor, ni rentas le debo; pero le debo este mismo respeto que le tributo, por su caracter divino.

Leop. No son estas expresiones de un mayoral; yo prosigo con mi cautela. Y decidme, habeis á Leopoldo visto alguna vez?

Fab. No Señor; ni de este campo he salido desde que vine de Holanda.

Leop. No es este muy mal principio. Hacedis bien; con otro gusto (*Ap.* fuerais á Holanda. Os afirmo, que no es mi patria, y la tengo, pasión. Ah! qué divertido viví allá, el tiempo que estuve con licencia! Qué tanto no hizo por obsequiarme Virsof el Capitan! Oh! es amigo de los mejores! Qué lance tan ruidoso contó él mismo que le sucedió. Ya al rostro *Ap.* van saliendo los testigos.

Le supisteis, por ventura? todos discurren con juicio, que el Conde de Erbrik fué un loco, y temerario. El delirio de sus zelos, le arrastró aun hecho bastante indigno, y vergonzoso.

Fab. Ah, Señor,

que vos hablais como amigo del traidor Virsof! El dió muy suficiente motivo al Conde, para el exceso que cometió! Su honor mismo le induxo á vengar su afrenta con la muerte, que ofendido, dió á su esposa infiel.

Leop. La muerte?

vaya, vos soñais, Fabricio, que Eleonora la Condesa vive.

Fab. Cómo? Marmol frio *Ap.* he quedado. La Condesa vive?

Leop. Sí, y aun he sabido que en busca del Conde, va peregrinando los sitios mas remotos de la Europa. Mal empleado cariño en un hombre tan cruel, y perverso.

Fab. Suspendido he quedado. Sabeis vos con certeza (me horrorizo de pensarlo) que Eleonora está viva.

Leop. Sí; mas digo, parece que la noticia, Fabricio os ha sorprendido.

Fab. Enmendar quiero el efecto *Ap.* de mi furor. Sí, os afirmo que me sorprende; y qué extraño; quando por cierto se dixo, que su Esposo la dexó muerta á estocadas?

Leop. Qué he oído! *Ap.*

Y qué, vos los conocisteis? *Eab.* Tuve el honor de servirlos mucho tiempo.

C

Leop.

Leop. No me engañas.

Ap.

No en vano habeis defendido
la temeridad del Conde.

Fab. Sí, Señor; sé los motivos
que Virsóf, y su alevosa
muger dieron repetidos
á mi Señor; sé tambien,
que á entrambos les reconvino
prudente, y que despreciaron
su reconvencion. Me irritó
al acordarlo. Todo esto
lo he presenciado yo mismo;
Y si algun traidor pretende
oponerse á lo que digo
salga al campo, y á estocadas
le hará confesar lo mismo
mi valor, pues si yo:-

Leop. Ya

Ap.

claro su furor me ha dicho
quien es.

Fab. Perdonad, Señor,
que la fe con que he servido
al Conde, me ha enagenado
de este modo.

Leop. Si; é imagino
que ni aun el Conde se hubiera
como vos enardecido
en esta ocasion. No se hallan
muchos criados, tan finos
como lo sois vos del Conde.

Fab. Si Señor, mucho le estimo:
y como sé la justicia
que le asiste, no permito,
que afee alguno, una accion
tan noble; pero imagino
que si yo viera:- qué es ver,
si llegará á presumirlo
no mas, de mi Esposa, airado,
sangriento, y enfurecido,
con las manos, y los dientes
despedazará en el sitio
de la infamia el corazon
que dió á mi afrenta motivo.

Leop. Me gusta, á fe de Derson,
el ver como el buen Fabricio
se enfada, por lo que ni á él,
ni á mí nos importa un pito.
Que Virsóf la amara, y aun

que fuera correspondido
de Eleonóra, no es extraño;
pues teniendo por marido
á un viejancon como Erbrik,
zeloso, y con mil delirios
de la antigüedad, qué mucho
que hiciera algun desatino?
En fin, ya el Emperador
sabe el humilde destino
del Conde, y á las instancias
de Jacobo, ha prometido
reconciliar á los dos.

Fab. Qué escucho, rencores míos?
Luego vive el Conde?

Leop. Sí,

y no léjos de este sitio.

Fab. Y el Emperador lo sabe?

Leop. Así á lo menos he oido
en la Corte, con que presto
volvereis á ver unidos
á vuestros Amos.

Fab. Difícil

me parece el conseguirlo,
pues sé yo, que mi señor,
léjos de darse á partido
tan vergonzoso, si viera
no mas un leve vestigio,
un atomo, ó una sombra
de la vil Condesa á tiro
de su venganza, otra vez
la despedazara él mismo.

Leop. Pues tambien sé yo que airado
el Emperador altivo
Leopoldo, sabría hacer
(si el Conde Erbrik atrevido
se opusiera á sus preceptos)
que un Verdugo, y un cuchillo
derribarán de sus hombros
la:-

irritado.

Fab. Señor, yo:- temeroso.

Sale Eduarda. Padre mio.

Leop. Oh, Fabricio, qué muchacha
tan gentil! No; no ha nacido
esta en Alemania. Chasco!
qué ojos tiene tan dormidos,
y tacaños! Di, hermosura,
para quien guarda Fabricio
ese trozo de donaire?

Pa-

Para algún gañan; no es fijo?

Oh! qué lastima se me hace,
que un Oficial de los míos
no cargue con tal prebenda.
Te gusta la tropa? dilo
y verás qué prontamente
te proporciono yo mismo
una buena presa.

Fab. Oh, quanto *Ap.*
este hombre me ha confundido
con su caracter. No sé
qué crea de lo que he visto.

Leop. Qué no me hablas? tienes miedo
á Papa? Gentil capricho!
Fabricio, haced que la niña
me diga quatro cariños
sin cortedad.

Eduard. Oh qué jóven *Ap.*
tan diferente de Ulrico!
Padre, pronta teneis ya
la comida.

Fab. Y vuestro amigo?

Leop. Veisle, que llega. *Sale Vincart.*

Fab. Pues vamos.

Leop. Y está sazónada, digo,
por esas manos? Qué tal? á Vincart.

Vincart. Seguir su humor es preciso
Yo os aseguro que tiene *(Ap.)*
el Baron, en este sitio
estupenda Mayorala.

Fab. Mucho la honrais.

Eduard. De este sitio
deseo apartarlos, para
que pueda salir Ulrico. *Vase.*

Fab. Vamos ya.

Dent. Ulr. Fabricio?

Fab. Cielos,
Ulrico es este.

Dent. Ulr. Fabricio?

Fab. El es, sí. Vuelvo al instante
á Leopoldo.

Qué puede haber sucedido!

*Baza por la boca del Sotano, y quedan
hablando Leopoldo y Vincart.*

Vinc. Señor, qué tal va de astucia?

Leop. Muy bien; todos los testigos
son fuertes; mas otra prueba
hacer en esto imagino.

Tú en el instante, es forzoso
que lleves un órden mio
al Baron, para que al punto
haga llevar á Fabricio
preso á la Corte.

Vinc. Señor:::-

Leop. Hazlo, y calla.

Vinc. No replico.

*Sacan Fabricio y Ulrico á Eleonora
desmayada, y con los siguientes versos
de Fabricio, Leopoldo y Vincart, se
vienen ácia ellos. Ulrico, al reconocer
el rostro de Eleonora, da un grito des-
compasado de alegría, y al ver al Em-
perador quiere echarse á sus pies, y él
le detiene con disimulo abrazándole,
quedándose todos un corto instante
suspensos.*

Fab. Señores, llegad á prisa
á admirar este prodigio

Ulric. Oh, Dios! Adelina.

Leop. Cielos,
no es Ulrico este que miro? *Ap.*

Ulric. Fabricio:::- Pero qué veo?

Leop. Camarada. Finge Ulrico,
Aparte, y abrazate.
que importa.

Ulric. Leopoldo aquí *Ap.*
con tal disfraz? No registro
sino asombros. Presto, presto,
llevemos los dos Fabricio,
esa Dama, donde pueda
cobrar su aliento perdido.

Leop. Pero no sabremos:::-

Ulric. Sí;
atendamos á su alivio
ahora, y despues sabreis
los sucesos peregrinos
de esta muger, que es forzoso
que os dexen enternecidos. *ib y*

Fab. Vamos, pues; y en tanto:::-

Vinc. Dudas:::-

Fab. Temores:::-

Leop. Ardides míos:::-

Ulric. Piedades:::-

Vinc. A discurrir:::-

Fab. A declarar este abismo.

Leop. A proseguir mis ideas.

Ulr. A remediar su conflicto.

Todos. Hasta que piadoso el Cielo
los conceda algun alivio.

Entranse todos: *cae telon de selva, y
salen el Baron y Vesmer.*

Bar. Sí, Vesmer; burló Eduarda
con astucia mi cariño.
Solicité su hermosura
con rendimientos fingidos
y promesas; resistiólos
con esfuerzo nunca visto;
amenacéla, y no bien
vió dispuesto mi apetito
á una violencia, fingió
rendirse á mis desvarios;
dirigióse á su aposento,
y quando yo amante fino
iba á entrar en él gozoso,
echó mano de improviso
á una pistola, de dos
que tenía allí Fabricio,
y dirigiendo su boca
ácia mi pecho, me dixo:
así una muger honesta
se libra de un atrevido.
Disparó, mas quiso el Cielo
que pasara todo el tiro
por entre el brazo y el cuerpo
sin ofenderme. Me irritó
mas con su engaño, y sin duda
consiguiera mi designio
exécrable, á no traer
tan prontamente á Fabricio
el ruido de la pistola;
ella, ó por no dar martirio
á su padre, ó por temer
mi rigor, con artificio
disculpó aquel accidente,
y yo salí enfurecido,
y dispuesto á vengar hoy
los ultrages que me hizo.

Vesm. Pues qué maquináis?

Bar. Escucha.

Yo me llevaré conmigo
á Fabricio aquesta tarde
bien lejos, y divertido
le tendré, en tanto que tú
de aquesta ocasion valido,

robas á Eduarda, y la llevas
con prontitud y sigilo
á Viena.

Vesm. Oh, qué maldad! *Ap.*

Bar. Allí:::— pero ya tu mismo
puedes discurrir qué hará
la rabia que ahora respiro
con Eduarda.

Vesm. Buen Dios, *Ap.*
no consintais tal delito:
su virtud ampara.

Bar. Y bien,
Vesmer, qué te ha parecido
mi idea?

Vesm. Muy mal, Señor;
perdonad, que así lo digo.
Vos os vais precipitando
á una serie de delitos
ciegamente. Con crueldad
hicisteis morir á Ulrico
esta mañana. A Adelina,
sepultada entre esos riscos
teneis, adonde sin duda
á estas horas ya, su mismo
dolor, la habrá muerto. Ah!
y quereis ahora sin juicio
cometer aqueste crimen
tan detestable é indigno
de vuestra nobleza. No,
no mi Señor: yo os suplico, *se ar-*
como fiel criado, y como *rodilla.*
hombre á quien habeis debido
vuestra educacion, que cuerdo
hagais, lo que los principios
de la humanidad enseñan;
sufocad con heroismo
vuestra crueldad, y:::—

Bar. Basta,
basta, que ya estoy corrido
de sufrir tanta osadía.

Vesm. Os quiero bien, y:::—

Bar. Me irritó
mas, y mas; sígueme, y nunca
te opongas tan atrevido
á mis intentos, por mas
que te parezcan impíos.

Vesm. Está bien. Oh qué de males
acarrea un Juez iniquo. *Vase.*

El

El Zaguán como antes, y sale Fabricio.

Fab. Ahora confusiones, ahora que en el jardín divertidos se hallan todos, y yo puedo destinar á mis suspiros este rato, es ocasion de aclarar el laberinto de dudas, en que me pone quanto escucho, y quanto miro.

Al paño Eduard. Yo no puedo descansar un instante; ya es preciso descubrirselo. Allí está; temor, yo me determino. *Sale*

Fab. Dónde vas, Eduarda?

Eduard. Oh, Dios!
Yo he de decirle un delito tan exécrable?

Fab. Qué tienes?
tú te agitas? Das suspiros?
tiembles? Dí; que es esto?

Eduarda se arroja precipitadamente á los pies de Fabricio, y se abraza de ellos, costernada un instante.

Eduard. Ay Padre!

Fab. Penas, qué habrá sucedido?
Hija, levanta; qué tienes?
Qué te sobresalta, dílo?
No acabes con tu silencio mi vida.

Eduard. Oh, Dios! Mi delito:::-
el rubor:::-

Fab. Penas, matadme.
Delito tú?

Eduard. Me horrorizo.

Fab. Tu rubor? Qué es lo que dices?

Eduard. Ay amado Padre mío!
Yo no puedo ya ocultaros mis desdichas, mis martirios, mis culpas:::- tened piedad de mi infelice destino.

Fab. Habla.

Eduard. Me estremezco.

Fab. Acaba.

Eduard. Yo muero de ver que indigno vuestra bondad; el enojo con que vuestro rostro miro, mi corazón despedaza cruelmente,

Fab. Yo la animo.

No, hija mía, no; tus males comunica aquí conmigo libremente; No te cause empacho alguno el decirlos á un padre, que con ternura los oirá. Yo tu alivio buscaré, y mientras le encuentro, sentiré tambien contigo.

Eduard. Ay, Padre, que ha de irritaros mi culpa atroz. Sí; lo miro, lo conozco así, y no puedo ocultarosla. Yo estimo, yo amo, yo adoro á un hombre ciegamente. El Cielo mismo sabe, quanto he procurado arrancar del pecho mío esta pasión; mas, Señor, confiesoos que no he podido. Sus virtudes han ganado un despótico dominio en mi corazón; él solo es mi gloria, y regocijo; por él respiro, y en él todas mis venturas cifro. Yo bien sé, que es imposible que dé á mis ansias alivio en ningún tiempo; y conozco que jamás le veré unido á mí; pero tambien sé, que de manera he esculpido en mi corazón su nombre, que no podrá él tiempo mismo borrarle; ántes mas constante, mas verdadero y mas fino hará que muera Eduarda, y que viva su cariño.

Fab. Despacio, honor. No te aflijas, Eduarda. Un amor fino, si es honesto, no es un crimen tan feo como has creído.

Dime, sabe él ya tu amor?

Eduard. No Señor.

Fab. No? Ya respiro.

Y él te ama?

Eduard. Con el extremo mas honesto, y mas sencillo.

Fab. Qué pruebas tienes?

Eduard.

Eduard. Ninguna,
mas que el habérmelo dicho.

Fab. Esa no es bastante, hija;
porque los hombres fingimos
amar muchas veces, pero
amamos pocas.

Eduard. Le he oído
suspirar por mí.

Fab. Eduarda,
los hombres son cocodrilos,
que suspiran, y sollozan
para atraer con gemidos
á las jóvenes incantadas;
Pero en el instante mismo
que las ven enternecidas,
y prontas á dar alivio
á sus ansias, despedazan
su honor, fieros y atrevidos.
Dime, es igual á tí?

Eduard. Ay, Padre,
que ese es solo mi martirio.
Yo fuera la mas dichosa
del mundo, si mi destino
me hubiera dado una cuna
mas noble.

Fab. Si como has dicho
te ama él de veras, no debe
reparar que hayas nacido
pobre; Virtud, y recato
buscará, no requisitos
de nobleza; vaya, dime,
quien es?

Eduard. Es:—

Fab. Dilo.

Eduard. Es:— Ulrico.

Fab. No me pesa. Ulrico? cómo?
si hasta hoy no le has conocido?

Eduard. Ay Señor, que sus desdichas
hallaron en mí al proviso
mucha piedad, y esta sola
ha engendrado mi cariño.
Yo no puedo ya ocultarle
mas tiempo; veo el peligro
en que está mi honor, y vengo
á buscar en vos mi asilo.

Fab. Yo te lo ofrezco; mas antes
sinceramente es preciso,
que me confiese tu voz,

que intentó el Baron contigo
esta mañana, que tú
pálida, y enfurecido
el, ni uno ni otro acertabais
con las palabras.

Eduard. Qué he oído!

Fab. Dime la verdad, y advierte,
quanto es por fuerza, enemigo
de su salud, el enfermo
que por temor ó capricho
calla al Médico la causa
de su enfermedad; el mismo
venda al Médico los ojos,
para que no tenga arbitrio
de acertar la cura. Tú
enferma estás. Por divino,
y humano precepto, soy
tu Médico yo; Me obligo
á curarte; pero es fuerza
que me informes del principio
y estado de tu dolencia,
si quieres que mi cariño
acierte la cura.

Eduard. Padre,
por no daros un martirio
tan acerbo, os oculté
la verdad. Ese hombre impio,
irritado hoy, intentó
violentar mi honor. El tiro
que escuchasteis, á su pecho
fué tan solo dirigido
por mi valor, y:—

Fab. Detente,
que él viene aquí. De este sitio
te aparta, y jamas demuestres
tu sincero amor á Ulrico.

Eduard. Está bien. Fortuna, ayuda
una vez mis desvarios. *Vase*

Salen el Baron y Vesmer.

Bar. Fabricio, que hablar tenemos
los dos despacio; conmigo
vendreis esta tarde,

Fab. Bien;
quando gustéis; no replicó;
pero ántes tengo que hablaros
tambien yo; y así, os suplico
despidais á ese criado,
y oigais. *Vase Vesmer.*

Bar.

Bar. Vete. No imagino
que me querrá.

Al patio Utr. Ya Leopoldo
sabe todos los designios
del Baron, y:- Pero Cielos
él está aquí con Fabricio;
escucharé lo que tratan.

Fab. Señor, con vuestro permiso Se
me sentaré, que mis años sientan.
me tienen ya muy rendido.

Vos:- pero ántes que principie
mi discurso, solicito
haceros hoy dos preguntas.
Decidme, tiene dominio
el hombre para agraviar
á su semejante?

Bar. Digo

que no.

Fab. Y es el que lo hace
acreedor al castigo?

Bar. Las Leyes estan fundadas
sobre este solo principio.

Fab. Supuestas, pues, ambas cosas,
decidme vos, qué motivo
os induxo á pretender
mi agravio con tan indignos
medios, como seducir
con ofensas, y cariños
el corazon de Eduarda?

No os bastaba haberla visto
resistir tan noblemente
vuestros deseos iníquos,
que bárbaro, é inhumano
violentar habeis querido
su inocencia? Qué vil monstruo
hiciera tal? un delito
tan exécrable debiera
afrentaros, confundiros
eternamente. Miradme,
yo lo digo, yo lo digo,
Señor Baron. Pero vos,
aun blasonareis impio,
quizas, de haber intentado
tal infamia. Vuestro indigno
corazon es muy capaz
de hacerlo así, y:-

Bar. Atrevido, Levantase.
sella el labio, sino quieres

que este fuego que respiro,
te consuma. Tú, insolente,
con tan loco despotismo
hablarme así? A no mirar,
que fuera desdoro mio
poner la mano á un villano:-

Fab. Mintió la voz que tal dixo
mil veces.

Bar. Así á quien osa
desmentirme á mí, castigo.

Va á levantar el baston para dar á
Fabricio, sale Utrico, y el Baron
huye amedrentado.

Utr. Detente.

Bar. Ay de mí! Que veo?
si será ilusion? Utrico:-

Yo:- si:- quando :- nunca:- apenas
con el asombro respiro.

Si á vengarte vienes, yo
tu sombra huire.

Vase.

Utr. Yo te sigo,
cobarde, y aunque te escondas
en el centro del abismo,
vengaré en tu infame vida
mi ofensa, y la de Fabricio. Vase.

Fab. Y yo, aunque mas me confunda
quanto escucho, y quanto miro;
iré á ser de tu valor,
heroico joven, testigo.

ACTO TERCERO.

El mismo Zaguan, y sale por la
izquierda Utrico.

Utr. No pudo alcanzar mi rabia,
por mas que hice, el veloz paso
del Baron: pero qué mucho
si iba huyendo de mi brazo?
Mas pues ya tomó Leopoldo
nuestra venganza á su cargo,
nada importa. Dónde Cielos,
estará el bello milagro
de Eduarda? Su hermosura,
su virtud, y su recato
me encantan. Pero- quién es?

Sale Vesmer, y al ver á Utrico quiere
volverse.

Vesm.

Vesm. Qué miro? Señor, yo::--quando::--
si::--

Ulr. Vesmer, de qué te asustas?
vivo estoy; no como tu amo
discurras que soy mi sombra.
Llega; el Cielo ha preservado
mi vida, para que sea
verdugo el mas inhumano
de un perverso.

Vesm. Oh qué agradable
nueva, para quien forzado
de su temor, fué con vos
tan cruel! El Cielo santo
sabe, quanto me es odiosa
la impiedad. Estoy cansado
de recibir los preceptos
de un monstruo tan entregado
á sus torpezas. Yo vengo
lleno de dolor y espanto
á prevenir á Fabricio
el pesar que ahora mi amo
maquina darle. Esta tarde
sacarle piensa engañado
de la Quinta, con intento
de que robe yo el milagro
de Eduarda, y la conduzca
á Viena.

Ulr. Oh, Dios!

Vesm. No hallo
mas medio para estorvar
su crueldad, que avisarlo
á Fabricio.

Ulr. Sí; y yo, Vesmer,
olvidaré tus agravios
por sola esta accion. Mas dime,
qué fin dió aquese inhumano
á Adelina? Fingir quiero *Ap.*
que no lo sé.

Vesm. Oh quán amargo
recuerdo! A un fuerte accidente
rendida, la trasplantamos
á una gruta, cuya boca,
cubierta de unos peñascos
yace en ese montecillo;
pero ya menos tirano,
á mis ruegos, determina
que la saquemos entrambos
esta noche, para hacerla

víctima de su extremado
apetito.

Ulr. No hará, Vesmer.
Vé, corre; tu sobresalto
se acabe, que ese hombre impío
vendrá á hallar el justo pago
de sus delitos, bien presto.
Tú obligale con engaños,
á que aquesta noche saque
del silo á Adelina; entrambos
baxad á su horrible estancia,
que en ella ya preparado
tendrá su castigo.

Vesm. Pero::--

Ulr. Vete, que si no me engaño
viene gente.

Vesm. Voyme. El Cielo
nos dé este dia su amparo. *Vase.*

Ulr. Ah vil Baron! Mas Fabricio
se acerca aquí acompañado
de Adelina; mientras parten
me retiraré á este lado.

*Retirase ácia la derecha, y salen por la
izquierda Adelina, y Fabricio, que se
sientan despues de estos versos.*

Fab. O si lograra mi astucia *Ap.*
sacarme aquí del cuidado,
en que esta muger me ha puesto!
Señora, si á la piedad
que hoy en mi pecho encontraron
vuestras desgracias, quereis
corresponder algun tanto,
merezcaos la confianza
de saber vuestros amargos
infortunios, y su origen;
Pues segun me han informado,
somos de una misma patria,
y á fe, que bien desgraciados.

Eleon. Ah Señor, que nadie puede,
si me es fuerza confesarlo
este dia, comparar
los suyos, con mis trabajos.

Fab. Tal vez sí; y sino, yo os ruego
los saqueis del pecho al labio
sin rubor, que yo despues
iré los míos contando,
y vereis::-- Pero desdichas,
qué es lo que miro en su mano?

Se-

Señora, hacedme merced
de enseñarme este topacio,
que llevais en ese dedo.

Eleon. Tomad.

Le da una sortija, y él la mira con
sobresalto.

Fab. Cielos, no me engaño; Ap.
ella es. Rencores, su rostro
lo está tambien publicando
mudamente.

Eleon. Qué teneis,
que con tanto sobresalto
me mirais?

Fab. Ah gran Señora!
que esta sortija un agravio
me acuerda, que:-

Eleon. Oh Dios! decid,
pues qué, la visteis acaso
otra vez?

Fab. Quereis decirme
cómo llegó á vuestras manos?

Eleon. Me la dió mi dulce esposo,
el dia de nuestro blando
himeneo.

Fab. Iras, quereis
sáber ya quien es mas claro?

Eleon. Por qué quisisteis saberlo?

Fab. Para hacerte mas pedazos,
vil muger, que:-

Saca un puñal, va á darla, ella huye
por la derecha, y al seguirla él, sa-
len Leopoldo y Eduarda por la izquier-
da, y Ulrico por la derecha: Fa-
bricio se turba.

Eleon. No hay quién me ampare?

Leop. y Ulr. Teneos.

Eduard. Qué estoy mirando!
Padre!

Leop. y Ulr. Fabricio, qué es esto?

Fab. Señores, ser desdichado. Vase.

Ulr. Mucho indica su semblante,
mas no penetro este arcano.

Leop. Ve, y no pierdas á Fabricio!
Aparte á Ulrico.
de vista.

Ulr. Voy: todo quanto
oigo y veo, son enigmas. Vase.
Sale Vincart.

Leop. Vincart, queda executado
lo que mandé?

Vinc. Sí, Señor:

ahora en la Quinta entraron
el Baron, y alguna tropa.

Leop. Ven pues, que en aqueste lado
quiero ver el uso que hace
del orden que yo le he dado.

Retranse.

Eduard. Ya se fueron, y yo, absorta
de lo que he visto, he quedado.

Mi padre con esa dama
que Ulrico á la Quinta traxo
desmayada, enfurecido
con un puñal en la mano?
Yo me confundo.

Al paño el Bar. No entreis
aquí, si es que yo no os llamo.

Eduard. Pero quién entró? Ay de mí!
El Baron es, Cielo Santo:
yo me voy.

Sale el Baron. Eduarda, espera.

Eduard. Quién es? Temores finjamos.

Bar. Yo, que á convidarte vengo
con dichas, ó con quebrantos;
con unas, si agradecida
premiar con finos alhagos
mi amor; y con otros, si
desprecias mis agasajos.
Orden del Emperador
en aqueste pliego traigo,
para prender á tu padre,
y ponerle en un cadahalso:
ó te rindes á mis ansias,
ó me voy á executarlo.

Eduard. Preso mi padre, por qué?

Bar. Leopoldo así lo ha mandado.

Eduard. Pero:-

Bar. Mira, qué respondes.

Su vida pongo en tu mano,
y su muerte: ó tú le libras,
ó condenas.

Eduard. Cielo Santo,
qué golpe es este?

Bar. No eliges?

Eduard. He de perder mi recato?

No, no: y he de consentir
que pierda mi padre amado

D

SV

su vida? Oh buen Dios! Qué haré?

Bar. Resuelve, Eduarda, ó parto.

El orden del Rey es este:

si tu corazon ingrato

se rinde hoy á mis deseos,

le haré aquí dos mil pedazos

á tus ojos.

Leop. Ah perverso!

Bar. Pero sino, executado

le verás al punto.

Eduard. Honor,

esto ha de ser. Inhumano,

parte, parte, y executa

lo que Leopoldo ha mandado,

tal vez por influxo tuyo.

Prende á ese infeliz anciano,

y ponle mañana mismo

en un público cadahalso,

que aunque de llanto se cubran

mis ojos al contemplarlo,

á trueque de no mirar

por un perverso, manchado

mi honor puro, no tan solo

sufiré el pesar amargo

de verle morir, si no

que con heróico y bizarro

espíritu, seré yo

verdugo el mas inhumano

de su vida.

Bar. Eso respondes?

Eduard. Sí, y partiré á ejecutarlo.

Bar. Prevente, pues. Ola, todos

venid siguiendo mis pasos. *Vase.*

Salen algunos Soldados, y parten con

el Baron por la izquierda.

Leop. Qué heróica muger! Ve, corre,

dí á Ulrico que yo le llamo.

Vinc. Obedezco.

Vase.

Eduard. Ay infeliz,

en qué situacion me hallo

tan funesta! Qué de dudas

combatiendo estan acaso

mi corazon! Entre padre,

y honor estoy batallando,

sin saber quién es primero

en mi estimacion. Qué amargo,

qué triste dia es aqueste

para mí! Ya allí amarrado

cruelmente, es conducido

entre los fieros Soldados

mi dulce Padre. Qué lleno

de desconsuelo y de llanto

trae el rostro! No, es imposible

que yo vea el tierno llanto

que vierte, sin consolarle:

mi honor perdone. Tiranos:

Ahora saldrá entre los Soldados Fabri-

cio atadas las manos, Eduarda corre á

abrazarle, y el Baron la detiene.

viles ministros, dexad,

dexad que espire en sus brazos

esta infeliz.

Bar. Tente.

Eduard. Padre.

Fab. Hija, á Dios: á morir parto

por mi honor; muere tambien

por el tuyo, si los hados

lo dispusieren así;

aquesto solo te encargo,

y ruego, Eduarda, que

nada es mas que tu recato.

Bar. Ea, llevadle.

Leop. El corazon,

sus voces me han quebrantado.

Eduard. Sí haré, Padre: perdonad,

que vuestra vida no salvo

piadosa, pues es mi infamia

el precio en que la han tasado.

Id á morir, que bien pronto

hará mi dolor amargo,

Llegan Vincart y Ulrico, y hablan

con Leopoldo.

que os siga en la muerte quien

con tal ternura os ha amado.

Y tú, monstruo el mas horrendo,

que los senos abortaron

de la tierra, teme, teme

de los Cielos soberanos

el castigo mas atroz,

que tus culpas grangearon.

Leop. Haz lo que te digo, Ulrico.

Bar. Nada temo; son ya vanos

tus sentimientos: tú sola

pudieras haber librado

de la muerte á este caduco;

pero pues ejecutarlo

no quisiste, sufre ahora
penas, ansias, y quebrantos. (Cielos
Sale Ulr. No hará monstruo, que los
compadecidos de entrambos,
el consuelo que apetecen
les envia por mi mano.
El sello imperial es este;
por él manda el Soberano
Leopoldo, que en libertad
dexes á ese triste anciano.
Bar. Pese á mi estrella. Ya todas
mis máquinas se frustraron.
Ya le obedezco: Qué rabia!
Desatadle, y entretanto
que mis rencores disponen
vengarse de ellos, Soldados,
seguidme, que todo el mundo
ha de llorar hoy su estrago.
Vase, y la Tropa.

Eduard. Padre.

Fab. Hija amada, nos dió
Dios un júbilo colmado.
Ulrico, llegad, llegad *le abraza.*
á estrecharos en mis brazos,
y confiad que sabré
el beneficio pagaros.
Mas decidme, ¿de qué modo
ha llegado á vuestras manos
ese sello, si jamas
de la Quinta habeis faltado?

Ulr. Luego lo sabreis: ahora
entremos, y acompañados
de Adelina, y mis amigos,
entreguémonos un rato
al placer, ya que hasta aquí
sufrimos tantos quebrantos.

Fab. Vamos en buena hora. Honor, *Ap.*
yo te dexaré vengado. *Vase.*

Leop. Ven, Vincart, que ya el enigma
del todo está penetrado. *Vase.*

*Vase Fabricio, Eduarda quiere seguir-
le, y la detiene Ulrico.*

Ulr. Eduarda?

Eduard. Qué quereis?

Ulr. Solamente preguntaros,
si va en vuestro corazon
mi cariño grangeando
algun lugar.

Eduard. Yo, Señor,
no me atrevo á asegurarlo;
pero creo:-

Ulr. Qué?

Eduard. Que el mismo
teneis, si verdad os hablo,
ahora, que esta mañana.

Ulr. Sois ingrata.

Eduard. Ese es engaño.

Ulrico, que yo agradezco
en extremo todos quantos
beneficios me habeis hecho.

Ulr. Mas no los pagais.

Eduard. Los pago
con agradecerlos, que es
el precio en que yo los taso.

Ulr. Y no habeis de darles nunca
mas premio?

Eduard. Ulrico, no alcanzo
lo que podré hacer mañana;
si bien (corazon suframos)
creo, que no os puedo dar
mas premio, que el que os he dado.

Ulr. Por qué?

Eduard. Porque soy tan pobre,
que:-

Ulr. Yo miro en vuestra mano
quanto desear se puede.

Eduard. Ah; pues Ulrico, si tanto
tengo yo en mi mano, hay mas
de que os hagais con cuidado
dueño de ella?

Ulr. Cómo?

Eduard. Amor,
no puedo mas. Preguntadlo
á mi padre, que él tan solo
sabe el modo de lograrlo. *Vase.*

Ulr. Qué escucho? Sin duda alguna

Eduarda está deseando
que le declare á Fabricio
mi puro amor. Pues qué aguardo?
Seré capaz de privarme
del bien que tanto idolatro,
porque sea desigual
á mi nacimiento claro?

No, no es posible. Jamas
gozaria con descanso
esta union, si no encontrara

tales prendas en la que amo,
Busquen otros conveniencia,
é hidalguía; pero es llano,
que no envidiaré su suerte,
si permite el Cielo Santo
que yo goce á mi Eduarda
con gusto, paz, y descanso.

Al irse salen Leopoldo, y Vincart.

Leop. Aquí está: Ulrico.

Ulr. Señor,

ahora partia á buscaros
con gran prisa.

Leop. Para qué?

Ulr. Solo para suplicaros,
que os digneis venir conmigo
á presenciar recatado
otra impiedad del Baron.

Leop. A dónde?

Ulr. Seguid mis pasos,
y os lo diré, porque el tiempo
urge ya.

Leop. Sí, Ulrico, vamos,
porque llegue mi poder
con tiempo á estorbar el daño.

Ven, Vincart, y advierte ahora

quan tarde sus inhumanos,

y viles hechos hubieran

á mis oídos llegado,

si no hubiera mi grandeza

venido hoy á presenciarlos.

Ah Reyes! cómo os dormís,

si reside en vuestra mano

la felicidad del pobre?

Velad, velad, que hay tiranos

poderosos, malos jueces,

y miserables vasallos,

que baxo su iniquidad

viven muriendo, y callando *Vase.*

*Selva corta, y salen con capas y una
linterna el Baron y Vesmer. La*

Escena es de noche.

Bar. No habrá objeto, que no sea
miserable, y triste pasto
de mis furiosos. Ah infame
Fabricio! Ah Ulrico! Ah Eduarda!
Presto vereis cómo pago
vuestros rigores. Ya, Vesmer,
la noche nos brinda. Vamos

á la gruta; en ella quiero
ver, si da el premio que aguardo
Adelina á mis cariños;
pues sino, mas inhumano
que nunca, daré sepulcro
á su corazón ingrato
en la misma estancia.

Vesm. A quién

no horroriza el escucharlo?

Ap.

Señor:--

Bar. Vengueme de todos,
pues todos me han agraviado.

Luego que salga del silo,
y esten mis viles contrarios
rendidos al sueño, haré
que mueran todos á manos
de:-- pero luego sabrás
quanto mi rabia ha ideado.

Ven aprisa.

Vase.

Vesm. Ah monstruo! antes

llorarás tu mismo estrago.

Vase.

*Levántase el telon, y aparece la mis-
ma decoracion con que empezó el segun-
do Acto, y salen por la grieta Ulrico
con una tea encendida, el Emperador,
Vincart, Fabricio, y Eleonora, co-
mo apareció en esta decora-
cion.*

Lep. Qué lóbrega estancia!

Ulr. En ella

á Adelina sepultaron

las cautelas de aquel monstruo.

Leop. Horror me da el escucharlo
tan solo. Sabeis, Fabricio,
si tiene otra entrada acaso
esta gruta?

Fab. No, Señor;

pues jamas he penetrado
hasta aquí, ni menos supe
su profundidad. Usamos
solamente aquel pequeño
recinto, que hemos pasado,
para almacenar los frutos.

Ulr. Pues yo de saber acabo,
como os dixe, que otra tiene
cubierta de unos peñascos,
junto á ese bosque, que:-- pero
ruido á esta parte he escuchado,

y

y aun la luz diviso. Aprisa;
aquí pueden ocultarnos
estas peñas. Vos, cumplid,
Adelina, con mi encargo
exáctamente, porque
da confusion del malvado
sea mayor.

Eleonor. Id, Ulrico,
que yo sabré aparentarlo.

*Eleonora se echará como consternada
de dolor. Ulrico apaga la tea, y los
quatro se ocultan detrás de las peñas-
cos. El Baron y Vesmer salen por la
derecha, como buscándola.*

Eleon. Quién aquí:- pero ay de mí!

Bar. Mitiga tu sobresalto,
muger infeliz. Yo soy,
que á poner vengo en tu mano
tu vida, ó tu muerte.

Vesm. Cielos, *Aparte.*
si Ulrico me habrá engañado.

Bar. Ya sabes cuánto he querido
solicitar con alhagos
tu hermosura, y cuánto siempre
fué tu corazon, ingrato
para mí. Sabes tambien,
que por vengar mis agravios,
dí muerte á Ulrico, y á ti
te habia ya sepultado
para siempre en esta gruta,
donde la hambre y sed acaso
fueran verdugos crueles
de tu vida.

Eleon. Sí, inhumano,
lo sé; mas sé que los Cielos
velarán siempre en mi amparo.

Bar. Vana esperanza. Disponte
á dar á mi amor el pago
suspirado, si deseas
vivir. Sé que tus tiranos
desprecios no merecian,
que mi poder irritado
se diera á partido; pero
mi amor me hace ejecutarlo.
Si á mi gusto te sujetas,
Señora de quanto valgo
serás; pero si porfias
en despreciar mis alhagos,

no habrá crueldad, martirio,
ni fiereza, que inhumano
no use contigo, despues
que haya tu honor sido estrago
de la fuerza.

Leop. Ah monstruo horrendo!

Fab. Creible es, quanto he escuchado!

Vesm. Aun yo temo su crueldad.

Eleon. Si porque me estás mirando
sola, afligida, llorosa,
y sin el menor amparo,
crees, que ha de tener fin
mi resistencia, es engaño,
pues siempre fiel á mi esposo,
y á Dios, sabré á tus malvados
pensamientos oponerme
con el valor mas christiano.

Te aborrezco, sí; abomino,
y detesto tus resabios
exécrables, y prefiero,
por no mirarme en tus brazos
horribles, morir, sufriendo
los pesares mas amargos.

Fab. Quién esto dice al Baron *Ap.*
posible es, Cielos tiranos,
que con Virsóf me agraviara!

Bar. Eso dices?

Eleon. Sí.

Leop. Veamos
su resolucion.

Bar. Pues ya
que ni el rigor ni el agrado
te obligan, loca, disponte
á padecer hoy tu estrago;
y ojala que aquí estuviera
Ulrico, porque tu agravio
presenciara.

Sale Ulrico, y el Baron se turba.

Ulr. Ya está aquí,
hombre alevé, á presenciario.

Bar. Ay de mí! Cómo:- sin:- Cielos,
cómo, aunque viva, ha llegado
á esta estancia?

Vesm. No mintió; *Ap.*
pero por dónde habrá entrado?

Ulr. Qué te turba? Vivo estoy,
monstruo vil. Nada lograron
tus traiciones, ni es posible

que

qué logren mas que tu estrago.
Bar. Porque veas , que de verte,
 ni me horrorizo , ni espanto,
 y que á tu vida, en mi pecho
 un rencor eterno guardo,
 el martirio mas atroz
 he de hacer sufrir á entrambos.

Leop. Vinc. y Fab. Qué intentará?

Bar. Dexa , Vesmer,
 esa luz. Pongo en tu mano
Dale un puñal.
 este puñal , con su punta
 traspasa ya el pecho ingrato
 de esa muger.

Vesm. Señor:--

Ulr. Tente.

Leop. Saldré á impedirlo.

Bar. Villano,
 hazlo , ó serás desperdicio
 de mi rabia.

Saca una pistola.

Vesm. Cielo Santo!

Vesmer indeterminado; Ulrico querien-
do ir á estorbar la accion , y el Ba-
ron poniéndole la pistola al pecho.

Ulr. Primero sabré:--

Bar. Detente,
 ó vive Dios , que te mato.

Vesm. Qué angustia!

Bar. Qué haces? á *Vesmer con enojo.*

Vesm. Señor:--

Ulr. No recelas , temerario,
 que para crimen tan feo
 envíe el Cielo una mano,
 que:--

Bar. ¿Por ventura discurre,
 loco , que habrá alguna , acaso
 capaz de humillarme?

Ulr. Si.

Bar. Dónde?

Salen Leopoldo , Fabricio , y Vincart,
y el Baron se sorprende.

Leop. Aquí.

Bar. Cielos , de marmol
 parece que soy.

Vesm. Leopoldo;

Cielos , yo estoy asombrado!

Bar. Señor , yo:--

Leop. Pérfido , calla;
 sella tus indignos lábios,
 y no á tus horrendas culpas
 pretendas buscar descargo,
 cauteloso. Dí , perverso,
 qué fiera , qué monstruo hircano
 te dió su sangre? Qué furia
 pudo sugerirte , tanto,
 y tan detestable crimen?
 No te averguenzas , villano,
 de ver qué la tierra misma
 no puede en sus senos anchos
 abrigarles? No te acaba
 tu mismo rubor , malvado?
 Te estremeces? Tiembles? Ah!
 No sé cómo presenciarlo
 pude , sin que mi furor
 te hiciera entonces pedazos.
 Pero vivo yo , que tanta
 como fué , para escucharlo
 mi tolerancia , ha de ser
 mi justicia.

Fab. Yo me hallo
 sobrecogido.

Leop. Vincart,
 quita ese monstruo inhumano
 de mi vista. Exemplo sea
 en un público cadahalso
 mañana , de la justicia
 de Leopoldo.

Fab. Qué he escuchado?
El Emperador:-- Oh Dios!
 cubierto estoy ya de espanto!

Dentro voces. Hemos de entrar.

Dent. Eduard. Aguardad.

Leop. Que es esto?

Salen Eduard. Que ahora llegaron
 á la Quinta varias gentes
 consternadas , preguntando
 por dos Oficiales. Dixe,
 que aquí estaban , y empeñados
 quieren entrar.

Leop. Vincart,
 ve , y díles que aguarden.

Vinc. Parto, *Vase con el Baron.*

Leop. Vos , Eleonora , esperad
 de mi benéfica mano
 venturas , que recompensen

vuestros inmensos trabajos.

Eleon. Yo os las estimo; mas todas sin mi esposo:—

Leop. No, esperaos:

Fabricio, leed ése pliego. *Dásele.*

Fab. Temblando estoy.

Lee. Para descargo de mi conciencia, confieso en estos últimos instantes de mi vida, que por vengar los desdenes de Eleonora, Duquesa de Toringe, hice creer al Conde Erbrik, su esposo, que era adúltera con el Capitan Virsof, de que me desdigo, y ruego á entrambos perdonen mi horroroso crimen. — *Jorge Kerker.*

Eleon. Qué he escuchado!

Leop. Conoces la letra?

Fab. Oh Dios!

Sí, Señor.

Leop. Pues ya es en vano el encubrirte. Eleonora, hasta aliviar tus quebrantos no he parado. Yo devuelvo el dulce esposo á tus brazos en este día.

Eleon. y Eduard. Qué escucho!

Leop. Fabricio es el temerario Conde de Erbrick. Ya sus zelos con esta carta acabaron felizmente.

Fab. Sí, Señor:

y vuelto de aquel letargo, en que me puso un traidor, confieso mi error, postrado á sus pies.

Eleon. Feliz instante!

Eduard. Yo estoy confusa.

Fab. Y pues tanto

á vuestra piedad debimos, colmad el gozo extremado de nuestras almas, uniendo con Eduarda al gallardo Ulrico, pues sé que se aman tiernamente.

Leop. Sí, y los cargos, rentas, y honores que obtuvo el Baron, le doy.

Los 4. Postrados

á vuestras invictas plantas, nuestra gratitud mostramos.

Leop. Levantad; yo haré mercedes al Conde Erbrik de mi mano mañana. Vamos ahora todos juntos á Palacio, pues tan poco dista. Vesmer, tambien estoy informado de tu virtud, y tendrá en mi zelo el justo pago, como el Baron el castigo. Pero á todos os encargo, que os acordeis, que el poder no debe á ninguno, dáros alas para cometer tiranías, y atentados.

Todos. No lo olvidaremos.

Leop. Pues

tuvieron fin los trabajos de la Holandesa, y el premio el amor constante, logren

Todos. Del auditorio un aplauso.

F I N.

En la Librería de Cerro, calle de Cedaceros, y en su Puesto, calle de Alcalá, se hallará ésta con la Coleccion de las nuevas, á dos reales sueltas; en tomos encuadernados en pasta á veinte reales cada uno; en pergamino á diez y seis, y á la rústica á quince, y por docenas con la mayor equidad.

DONDE ESTA SE HALLARÁN LAS PIEZAS *siguientes.*

Las Víctimas del Amor.	El Alba y el Sol.
Federico II. Tres partes.	De un acaso nacen muchos.
Las tres partes de Carlos XII.	El Abuelo y la Nieta.
La Jacoba.	El Tirano de Lombardía.
El Pueblo feliz.	Cómo ha de ser la amistad.
La hidalguía de una Inglesa.	Munuza: Tragedia
La Cecilia, primera y segunda parte.	El Buen Hijo.
El Triunfo de Tomiris.	Siempre triunfa la inocencia.
Gustavo Adolfo, Rey de Suecia.	Alexandro en Scútaro.
La Industriosa Madrileña.	Christobal Colon.
El Calderero de San German.	La Judit Castellana.
Carlos V. sobre Dura.	La razon todo lo vence.
De dos enemigos hace el amor dos amigos.	El Buen Labrador.
El premio de la Humanidad.	El Fenix de los criados.
El Hombre convencido á la razon.	El Inocente usurpador.
Hernan Cortés en Tabasco.	Doña María Pacheco: Tragedia.
La toma de Milan.	Buen amante y buen amigo.
La Justina.	Acmet el Magnánimo.
Acaso, astucia y valor.	El Zeloso Don Lesmes.
Aragon restaurado.	La Esclava del Negro Ponto.
La Camila.	Olimpia y Nicandro.
La virtud premiada.	El Embustero engañado.
El Severo Dictador.	El Naufragio feliz.
La fiel Pastorcita y Tirano del Cas- tilló.	La Buena Criada.
Troya abrasada.	Doña Berenguela.
El Toledano Moises.	Para averiguar verdades, el tiempo el mejor testigo.
El Amor perseguido.	Hino y Temisto.
El natural Vizcayno.	La Constancia Española.
Caprichos de amor y celos.	María Teresa de Austria en Lan- daw.
El mas Heróico Español.	Soliman Segundo.
Luis XIV, el Grande.	La Escocesa en Lanthrun.
Jerusalen conquistada.	Perico el de los Palotes.
Defensa de Barcelona.	Medea Cruel.
Orestes en Sciro: Tragedia.	El Tirano de Ormuz.
La desgraciada hermosura: Trage- dia.	El Casado avergonzado.
	Tener celos de si mismo.